



Tenía razón Juan Pablo II en beatificar a esta mujer nicaragüense-costarricense, sor María Romero. Una mirada atenta a su vida desvela una personalidad increíblemente rica y extraordinaria.

Desde un punto de vista puramente humano, su figura resulta atrayente. Refleja su alma poética en la música, la poesía, la pintura. Es fácil imaginarla cantando a plena voz **O Sole mío**. Hasta su misma muerte frente al mar, como lo había soñado, tiene un ribete romántico.

Impresiona hasta la admiración su audacia emprendedora. Multiplica oratorios como por arte de magia. Atrae multitud de colaboradores y colaboradoras, algunas jovencísimas, y las lanza a tareas arriesgadas y exigentes, con la prudente imprudencia de los santos. Con visión de empresaria promueve obras sociales a favor de los pobres que acobardarían a otros.

¿Cuál es el secreto de esa energía poderosa impensable en una grácil monjita? Por supuesto que la fuerza

le viene de lo alto. Su relación con Jesús y con la Virgen deja boquiabierto al curioso. Conversa con ellos, les consulta, los trata con familiaridad desarmante. Su piedad tiene un sabor entre ingenua y filial. Le hace bromas a Jesús, lo saluda hasta en inglés, pone las flores muy cerca del sagrario para que Jesús sienta su olor. La famosa “agua de la Virgen” suena a talismán desorbitado, si no es porque en sor María no hay línea clara entre natural y sobrenatural. Hasta se atreve a “chantaje” a la Virgen: “**Si no me deparas esta cantidad que necesito...**”.

Los milagros se le escapan de la mano, como si nada. Casi parece sacárselos de la manga. Uno puede imaginarla divertida como una prestidigitadora: mira -¡paf!- aquí tienes tu milagro.

Ese aire juguetón (recordar sus traslados “procesionales” a sus nuevas fundaciones) encubre la dimensión grandiosa de su existencia. Leyendo su biografía, uno no sabe en qué momento aquello suena a Francisco de Asís o a Juan Bosco.

La santidad es algo más que entusiasmos y vitalidad desbordante. Los santos perciben con agudeza el conflicto bien-mal, Cristo-demonio. Y optan por el Señor, asumiendo el lado trágico de la batalla, con sus heridas y momentos oscuros. A sor María la sostiene el Señor cuando el mal parece aplastarla. Su existencia no fue miel sobre hojuelas. El mismo servicio extenuante a las innumerables personas que a diario acuden a ella la deja como “naranja exprimida”. Es su cruz, que asume con coraje venido de Dios.

Sor María no es una aventurera quijotesca. Se lanza con audacia a grandes proyectos, pero en comunión con sus superiores y con la autoridad eclesiástica. Y con la certeza de que la Virgen lo quiere. Los pobres fueron su obsesión. Una sensibilidad aguda que se plasmó en gestos y obras prácticas de caridad. Hay razón de sobra para que la Iglesia la proclame santa.

Heriberto Herrera